

En busca de la Ciudad Perdida

(Claves de la Razón Práctica nº 272)

A lo largo de la historia ha habido guerras, pandemias y crisis económicas que, por su extensión y calado hemos llamado mundiales- aunque en puridad no abarcaran a la totalidad del orbe- de las que salimos con aprendizajes y olvidos; pero sólo ahora, en poco más de una década, se han producido las dos primeras crisis con repercusión verdaderamente planetaria. La primera de ellas fue de carácter socioeconómico y como consecuencia de una criminal irresponsabilidad financiera. La segunda es esta de ahora, la de la Covid19, que provoca el horror del efecto combinado de una guerra, una pandemia y una crisis económica insondable. No es difícil encontrar en el origen de ambas el referente espacial de una sociedad urbanizada, concentrada en megalópolis de demografías desmesuradas y una frenética movilidad interna que trastorna la natural percepción humana de la relación espacio/tiempo: estamos, de hecho, ante la primera gran crisis de lo urbano, después de que la Ciudad haya paseado su triunfo a lo largo de la Historia.

El desmedido proceso de metropolización del planeta ha llegado a un punto crítico a partir del cual la hipertrofia de lo urbano amenaza seriamente acabar con la ciudad (1). La ciudad, como representación espacial de las esperanzas en el progreso, colectivo e individual, causa y efecto de los ideales democráticos de la sociedad, parece bloqueada ante la imposibilidad física de su materialización. Su concepto mismo está sufriendo el ataque implacable de dos virus letales de los cuales diríase que el aterrador Covid19, con la incertidumbre medieval de sus secuelas, es una siniestra metáfora a la vez que su consecuencia directa: el primero de estos virus es el enloquecido sistema productivo mundial que exige para su propia supervivencia de un crecimiento físico ilimitado. El segundo lo constituyen las tecnologías de la información y comunicación (TICs)- Internet y su "*espacio de los flujos*"- que aparentemente sugieren un mundo paralelo en el que lo virtual parece amenazar la esencial corporeidad de lo urbano con cuyo roce, a lo largo de siglos, habíamos moldeado históricamente nuestra condición de ciudadanos. La cuestión hoy, puesta violentamente de manifiesto por la paralización forzosa de la vida urbana a escala mundial, consiste en reencontrar la ciudad perdida y amedrentada que se agazapa a resguardo de esas dos amenazas para intentar que surja renovada, con su horizonte de zozobras y esperanzas, pero de nuevo triunfante.

El modelo de producción global y sus consecuencias urbanas

El modelo de producción sobre el que se asienta el mundo es el capitalista, y no parece fácil cambiar de la noche a la mañana el motor que lo alimenta, que es el consumo irracional y compulsivo. Las posibilidades que las TICs nos proporcionan con sus miles de aparatos a nuestra disposición como prótesis tecnológicas -obligatorias para que nos reconozcan un papel activo en la sociedad- permiten extender el consumo hasta unos límites de productividad insospechados. Se nos dice que nunca ha habido más capacidad individual de elección en la historia; cierto, pero también lo es el hecho de que nunca el mercado ha estado más provechosamente fragmentado en millones de consumidores diferenciados y diversos para la obtención del máximo beneficio, en lo que constituye el

más poderoso instrumento de dominación que jamás pudo imaginar sátrapa alguno. Ahora que vivimos una realidad distópica, cabe recordar que ya en la sociedad de “Un mundo feliz”, de Aldous Huxley, se había creado un código moral que establecía la bondad absoluta del consumo como sistema “participativo” del individuo, en clara sustitución de la otra participación tan temida: la política. Y es la participación en el consumo la materia aglomerante de la que se nutre la *cívitas* que se desarrolla en la *polis* de hoy día. De ahí que, paradójica y contrariamente a las tendencias descentralizadoras y centrífugas a la que se supone deben dar lugar el espacio de los flujos, las ciudades adquieran hoy más importancia que nunca en tanto que aglutinadoras de masas. Las tradicionales economías de aglomeración que aportaban las ciudades cambian ahora su clásico significado referido a las sinergias ventajosas de la proximidad en la localización empresarial; ahora el énfasis se pone en la “aglomeración” misma como generadora de “masa” (2) que es la condición necesaria para que se produzca el consumo y con ello la acumulación de capital. Podemos comprobar esto dramáticamente en ese cultivo de laboratorio que son nuestros centros históricos: vemos cómo un exceso e impostación de la cultura derivada de la propia historia del lugar acaba arruinando su dimensión urbana, asolada por las masas de turistas que la consumen sin piedad como un producto del mercado global de “usar y tirar”.

En ese mercado global de producciones y consumos las ciudades funcionan hoy como empresas: las grandes metrópolis serían asimilables a las multinacionales y las medianas a las PYMES, cada una de ellas con sus respectivos márgenes de beneficio según su escala, y cuya condición para pertenecer a ese mercado -para “estar en el mapa”- es engancharse a la red, hacerse visible en ella. Como cualquier empresa su productividad depende del “marketing”, de la comunicación, más aún que de la calidad de lo ofertado; y la comunicación hace tiempo que dejó de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo. Importa menos qué se comunica que quién comunica y las ciudades, las grandes aglomeraciones urbanas comunican, lo demás no. El triunfo social, el económico, la tasación en la Bolsa de la Cultura, la capitalización provechosa de su notoriedad, la divulgación del conocimiento, más que su posesión... en definitiva, esa indispensable visibilidad que es la condición misma del triunfo, sólo se localiza en las ciudades, por mucho que la ubicuidad del espacio de los flujos nos hubieran hecho pensar en la disolución de lo local. Trasladado al ámbito de lo urbano, y en el marco de la globalización, el axioma hiperliberal de que la acumulación de riqueza sea una consecuencia natural del crecimiento, y no el crecimiento como el resultado de la acumulación de riqueza, sólo puede verse como una perversión estructural con brutales consecuencias “darwinianas”. El profesor de economía de Harvard, Edward Glaeser, publicaba en el 2011 su celebrado libro “El triunfo de las ciudades” (3) subrayando el título con este exultante comentario: “*cómo nuestra mejor creación nos hace más ricos, más inteligentes, más ecológicos, más sanos y más felices*”. No hacía falta esperar al mentís de esta crisis urbana planetaria para advertir que lo que el autor glosaba no era el triunfo de las ciudades (un pleonismo hasta la mitad del siglo XX) sino “la ciudad de los triunfadores”, porque la competitividad inserta en la matriz de lo urbano llevaba mucho tiempo generando guetos, diferencias, inseguridad, comunidades cerradas, miedo a la inmigración, dificultades de asimilación de la diversidad cultural, etc, y todo ello traducido en una segregación social de los espacios mayor aún que los “slums” de las ciudades industriales del siglo XIX. La ciudad ya no asimila sino que divide y expulsa

de la comunidad a los que no pueden seguir la rueda de la carrera consumista. El aire de la ciudad ya no nos hace libres, según la hermosa expresión de Hegel, sino que cada vez aumenta más la brecha entre sus ganadores y sus perdedores.

Por otro lado, la aglomeración urbana y la dependencia, tanto interna como externa, de los sistemas globales de comunicación y transporte, demandan ingentes cantidades de energía obtenida de combustibles fósiles, altamente contaminantes. Es cierto que, pese a la criminal reticencia de algunos países, se ha producido en los últimos veinte años un considerable aumento de la conciencia ecológica ante la evidencia del cambio climático del planeta generado por la emisión urbana de gases de efecto invernadero, CO₂ y NO₂. Esta conciencia se ha concretado en medidas legislativas, no siempre de alcance general, que operan en el ámbito de la producción y en el de la cotidianeidad; pero también ha dado lugar a la aparición de otro gran mercado, el llamado *“ambientalismo final de tubería”*, consistente en arreglar los problemas de la contaminación con artefactos tipo *“smart cities”*, *“ciudades inteligentes”*, etc, basados en unos avances tecnocientíficos detentados por la sofisticada industria que los puede fabricar... y vendérsela a quienes no la poseen, incluso imponiéndola en todo el mundo con carácter normativo en la bienpensante legislación ecológica. Como en el casino, la banca siempre gana: primero se hace negocio con la creación del problema y luego con su solución; pero con una solución que además no es tal, porque si para limpiar nuestra atmósfera, para ver delfines en nuestros puertos, jabalíes en las urbanizaciones y patos anadeando por nuestras calles ha hecho falta nada menos que la paralización universal de las ciudades, es ingenuo, si no falaz, intentar combatir la metástasis del modelo urbano con aspirinas de eficiencia tecnológica.

No, el modelo de sostenibilidad ambiental implica unas formas radicalmente distintas de concebir físicamente las ciudades, nuestros modos de habitarlas y el sistema productivo que la sustentan. Y este cambio radical en el modelo productivo pasa por una conciencia generalizada de detener, de aminorar el concepto de producción con una réplica atrevida pero necesaria: *“desproducción”*. (4) Desproducción como método para generar riqueza, aunque ello pudiera resultar contradictorio. Como dice David Hammerstein, (5) *“cuando las amenazas ecológicas se comprenden como un proceso histórico y cultural complejo, también se favorecen las búsquedas de salidas a las crisis del sobreconsumo. Así quizás podamos reconvertir, mediante innovación y la diversidad cultural, las metas cuantitativas de la sostenibilidad en objetivos de aprendizajes cualitativos socialmente valiosos y deseables”*.

Efectivamente el mundo va a tener que encontrar una fuente de productividad en algo tan paradójico como la *“desproductividad”*, en arreglar lo desarreglado, en compensar la huella ecológica de las aglomeraciones, en transformar energías sucias en energías limpias, en rehabilitar lo mal construido, en reurbanizar lo mal urbanizado, en repoblar lo desertizado, en acercar lo separado, en reintroducir factores de convivencia en barrios desintegrados, en transformar en paisaje los vacíos territoriales...Es decir, algo que podríamos llamar *“el sistema productivo de regeneración universal”* –lo que Carlos Hernández Pezzi llamaba *“crecimiento hacia adentro”*- (6) y que puede ser una verdadera industria generadora de riqueza si el sistema se pusiera a la tarea y la sociedad adquiriera una conciencia medioambiental generalizada con capacidad de impregnar al mismo sistema, porque las ideas triunfan cuando, después de haber

dejado algunos cadáveres en el camino, el sistema se ve obligado a incorporarlas. Así es la historia.

Buscar la ciudad en el vertedero de la confusión

Félix de Azúa ha explicado con suma claridad la trascendencia que para la estabilidad del ser humano ha tenido la facultad de poder interpretar anímicamente las ciudades en las que viven (7) desde la antigüedad hasta hoy la ciudad ha podido ser representada por el dibujo, el grabado, la narración e incluso cuando la metrópolis empieza “*el primer proceso de metástasis y su representación dejaba de ser abarcable por la palabra*” aparece la fotografía y el cine que asumen mediante la superposición de imágenes la misión que antes se había encomendado a los textos. Pero con la ciudad global de nuestros días- la ciudad planetaria- sentimos que se ha producido una auténtica ruptura, la solución de continuidad definitiva entre pasado y presente.

Una vez cumplida la hipótesis anunciada por Lefèvbre de una sociedad conceptualmente urbanizada en su totalidad, la ciudad se dispersa en una postmetrópoli inabarcable, un ectoplasma cada vez más indiferenciado y ubicuo que, al desbordar la finitud, hace que sea materialmente irrepresentable, intelectualmente inconcebible y, en muchos casos, políticamente ingobernable. Y nos preguntamos: ¿qué sentido tiene hoy el concepto de ciudadanía cuando su referencia territorial no puede ser abarcada ni física ni intelectualmente? ¿qué papel puede jugar hoy el ciudadano-actor cuando el escenario se le desvanece en el infinito? Si las políticas urbanísticas y económicas están íntimamente relacionadas, ¿cómo podemos hacer una adecuada planificación de ellas sobre referencias locales difusas, desfleadas, desvanecidas, fantasmagóricas e incomprensibles? Ante ello se decreta la muerte de la ciudad hasta el punto de que ya no nos dejan llamarla por su nombre, sino por su negación: la Anti-ciudad, la No-ciudad, la Post-ciudad, el compendio fantasmal de esos “no lugares” que hoy articulan la Nada urbana, según el hallazgo semántico de Marc Augé. (8) Pero se mire como se mire, resulta de una extremada arrogancia certificar como No-ciudad la ciudad que no se entiende, como si el astrónomo acabara rompiendo el telescopio al no poder abarcar la inmensidad de los espacios siderales. Al contrario, hemos de considerar esta conclusión negativa como un apremio a contemplar los fenómenos urbanos de hoy día de otra manera, con otras actitudes, desde una visión poliédrica de la realidad, desde ángulos que descorran los velos de las ideologías, los prejuicios y las nostalgias, para poder reencontrar esa ciudad que vive y late en la “no-ciudad”.

Hoy el nuevo catecismo urbanista preconiza la vuelta a las formas de vida urbana compactas frente a otras espaciadas y dispersas. La cuestión, más que un apriorismo ideológico, es que de un modo u otro los habitantes, aún dentro de una inmensa metrópoli, puedan seguir aspirando a los sueños de bienestar, de fecunda relación, convivencia y proximidad que en nuestro imaginario ha quedado tallada la “ciudad de siempre”, la ciudad *strictu sensu*. (9) De ahí esas ciudades “de los 10, 14, 15... minutos” que han surgido en el *brainstorming* del confinamiento, aludiendo a los ámbitos urbanos en cuyo radio se satisfagan las necesidades urbanas residenciales, laborales y asistenciales. Evidentemente es una utopía pretender que esos ámbitos de proximidad nos provean de la autosuficiencia absoluta, cuando la mayor parte de nuestras

relaciones de trabajo exigen largos desplazamientos desde la centralidad de nuestras propias residencias, de forma que, en realidad, para cada familia hay tantas ciudades como multitud de destinos laborales cotidianos estén al alcance de los medios de transporte habituales.

Pero las utopías han de ser siempre las derivadas hacia las que tienda la razón práctica. No hay proyecto colectivo sin la brújula de la utopía. Y la razón nos dice que el ciudadano no puede perderse hoy en la anomia urbana, ni sentirse segregado por asentarse en un lugar periférico, ni atrapado en las redes de una movilidad incesante, ni aplastado por una demografía opresiva, ni abducido por un consumismo estupefaciente, ni envenenado por una atmósfera contaminada... Aun viviendo en una metrópoli anímicamente inabarcable la ciudad debe procurarle espacios a la escala adecuada como para que pueda restablecer con ellos los valores tradicionales de lo urbano, y que la interactividad de la ciudad digital tenga su correlato en la interactividad de la ciudad física, de forma que, tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con el universo podamos volver la mirada a la estimulante aleatoriedad de la calle, hacia esos lugares comunales en los que nos juntamos con nuestros semejantes para compartir con ellos nuestras alegrías y nuestras inquietudes. No es nada nuevo: es la vida de los barrios tradicionales pero también- y es ahora el momento de fijarnos en ellos- el modo de vida de los pueblos, de los asentamientos rurales y tradicionales que, desde la ciudad industrial hasta nuestros días, quedaron definitivamente relegados en la escala de valores de la modernidad. El universo urbano quedó sentenciado como el escenario de las oportunidades, y el mundo rural el significante de la derrota, un espacio pasivo, mediáticamente invisible, destinado a compensar la huella ecológica de las ciudades y, en el mejor de los casos, reducido a la condescendiente servidumbre de lo “típico”, arcadia para consumo de urbanitas de capital. Ajenos a una visión productivamente activa y no pasiva, las comunidades agrarias y los núcleos tradicionales han sufrido ese proceso de envejecimiento y despoblación que tanto nos alarmaba- la España vaciada- justo antes de que la pandemia ocupara la totalidad de la atención pública.

El reto de la habitabilidad del planeta es de mayor calado como para encomendar la supervivencia de la ciudad sólo a medidas tecnológicas de eficacia medioambiental. Exige atacar de raíz el problema empezando por cambiar el modo de verla y de vivirla: por ejemplo, “descomprimiendo” la ciudad hacia esos núcleos agrarios que, tras haber sido expulsados de la razón urbana como lo absolutamente “otro” podían presentarse ahora, no sólo como estimulantes modelos de vida en paz con la naturaleza, sino como formas verosímiles de productividad. Hablar, a este respecto, de una ciudad que incluya en su ámbito las dos realidades, la ciudad y su región, es sintetizar en dos palabras una forma de envolver en una misma lógica, en un mismo hecho complejo, rico y diverso, sin sumisiones ni dependencias, la realidad estrictamente urbana de las ciudades y los pueblos de su órbita. La primera condición para que estos últimos sean productivos, excelentes, atractivos para la residencia y “saneadores” de la contaminación de las aglomeraciones es incorporarlos a la “lógica” territorial. Hasta ahora nadie se ha tomado en serio la aplicación de tecnologías innovadoras a recursos productivos ancestrales, abandonados por las sirenas de la gran ciudad, sus pompas y sus ladrillos, que ahora podrían estar *“inventando alternativas propias para la revitalización de las economías locales, proporcionando con ello más autosuficiencia e igualdad, más cohesión social y más*

democracia y protección ambiental que las que nos puede ofrecer el reino de las multinacionales". (10)

No se trata de un diletantismo de "Beatus Ille" ni delirios de una fisiocracia autárquica ni mucho menos- *vade retro*- de urbanizar el campo. Se trata de que los pueblos y pequeños núcleos ligados a la tierra, los desdeñados del estado del bienestar, los invisibles, los vaciados, los expulsados de la razón urbana y del progreso, hoy, en una crisis terrible y desconcertante, puedan irrumpir en el sistema urbano y productivo desde su vínculo con el medio natural, enraizado en lo tangible pero conectado con el mundo, campo infinito para la aplicación de nuevas tecnologías y modelo para un equilibrio territorial que haga descender de lo virtual a lo concreto, y esta vez de verdad, el concepto de desarrollo sostenible, hoy estragado en su abusiva y retórica utilización.

-
- (1) Françoise Choay: "El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad". Lo urbano en 20 autores contemporáneos. ETSAB, 2004. Edición de Ángel Martín Ramos.
 - (2) Jean Baudrillard: "Cultura y simulacro". El efecto Beaubourg
 - (3) Edward Glaeser: "El triunfo de las ciudades", Taurus, 2011
 - (4) Carlos Taibo: "En defensa del decrecimiento", 2009 Catarata
 - (5) David Hammerstein, David Hammerstein: prólogo al libro "Creando ciudades sostenibles" de Herbert Girardet, Valencia 2001
 - (6) Carlos Hernández Pezzi: "Ciudades contra burbujas", 2010. Fundación Alternativas
 - (7) Félix de Azúa: "La necesidad y el deseo" SILENO , nos. 14-15 La No-Ciudad. Cátedra Jorge Oteiza de la UP de Navarra, 2003
 - (8) Marc Augé: "Los No Lugares: Espacios del anonimato, una antropología de la sobre modernidad", 1992. Editorial Gedisa
 - (9) Jordi Borja: "La ciudad conquistada" 2003. Alianza Editorial
 - (10) David Hammerstein, op. cit